

NUESTRA CASA DE MADRID

Tener casa en Madrid es la ilusión de muchos, y algunos lo consiguen.

Es una manera de aumentar el patrimonio y de sentirse aún más vinculado a la capital de España, de la que dependemos, sobre todo los alcarreños, en tantas cosas. Pero nadie compra un piso en Madrid para satisfacer su nostalgia. En todo caso para su comodidad. Hay muchos alcarreños, sin embargo, que sí necesitaban un piso en Madrid por exigencias de esa nostalgia, de esa añoranza individual que para ser plena tiene que ser convivida. El tirón de la tierra, la morriña, dicho sea con expresión gallega; la melancolía por la ausencia del pueblo natal, la tristeza por la ausencia de donde nacimos y crecimos sólo se suaviza si es compartida.

Y para compartir el tirón ancestral es necesario un lugar donde puedan reunirse los que tienen el mismo sentimiento. De aquí la necesidad, y la justificación, y el empeño de tener una casa, un piso común amplio que permita la concentración de los añorantes.

Así es como surgieron las Casas regionales en los sitios donde hay gentes desplazadas de su centro, incluido el extranjero. Pero no hace falta irse tan lejos para añorar el terruño, la patria chica, el lugar donde vimos la primera luz, la tierra de nuestros ancestros. Si el deseo de una casa colectiva fuera en proporción inversa a la distancia, la Casa de Guadalajara en Madrid sería mucho menos necesaria, por ejemplo, que la de Cádiz o Santander, no es así, aunque tampoco me atrevo a decir que sea más. Por lo menos la tensión alcarreñista que en la nuestra se respira, el calor del paisanaje, las fotografías y las pinturas que la decoran y la mención constante de Guadalajara y de sus pueblos crean un ambiente entrañable que no se aprecia en nuestra propia provincia. Así resulta que para sentirse verdaderamente alcarreño casi hay que visitar la Casa. Todas las conversaciones giran allí sobre nuestra tierra de origen o asentamiento. Porque muchos socios no son nacidos en los límites provinciales, pero están totalmente identificados con Guadalajara.

Quiero resumir todo lo escrito en mi convicción de que la Casa de Guadalajara no puede desaparecer por mucho que los problemas la ahoguen, porque si la crisis influye en las cuotas privadas no debe hacerlo en las aportaciones de las instituciones.

Pensemos que una delegación polivalente de la provincia en Madrid es impagable. Por lo pronto, sus directivos siguen haciendo planes. Aunque les angustien los problemas económicos.

Luis Monje Ciruelo.

Nueva Alcarria, viernes 15/6/2012.